

Otra vez á este avechucho.

(*Vuelven á sobar á don Martín.*)

Irene. ¡Por piedad...!

Conde. ¡Atrás, canalla!
(*Sacando una pistola y amenazando con ella.*)

(*Al ver la pistola huyen los del grupo en distintas direcciones.*)

Másc. 3º. ¡Una pistola! (Vase.)

Másc. 2º. ¡Abrenuncio! (Vase.)

Másc. 1º. Se acabó. Usted nos convence...
Abur, y no haya tumulto. (Vase.)

(*Quedan solo en la escena las máscaras inofensivas, aumentándose con otras que entran y salen hasta fin del acto.*)

Irene. ¡Ah, padre!...

Mart. ¡Gracias á Dios
Que en tus brazos me refugio!

Conde. Siempre el villano es cobarde.

(*Guarda la pistola.*)

Mart. Se dispersan como el humo,
Y á usted debo agradecerlo;
Pero ¿qué extraño barrunto
Tuvo usted...?

Conde. Falsos informes...

En medio de este barullo
Es tan fácil confundir

A unos con otros... Yo juro

A usted y á esta señorita

Que tengo un pesar profundo

De haber...

Irene. Todo está olvidado.

Mart. No se hable mas del asunto.

Conde. (¡Qué hermosa!)

Ruf. (¡Mucho la mira!)

Mart. ¡Amigos hasta el sepulcro!

(*Dando la mano al conde y quitándose la careta.*)

Conde. Gracias. Tanto honor me llena

De satisfaccion y orgullo,

Y si esta niña adorable,

A quien he dado un disgusto

Involuntario, no guarda

Rencor contra mí...

Irene. Ninguno.

(*Rufina habla aparte con don Martín.*)

Conde. ¿Querrá usted, si lo permite

Papá, que bailemos juntos

Un rigodon?

Mart. Ella y yo

Tendremos en ello sumo

Placer; mas será otro día.

Ahora lo mas oportuno

Es retirarnos.

Conde. ¡Tan pronto! —

Ruégueme usted... (A Irene.)

Mart. Ni un minuto

Me detengo. Vamos, niña.

Ruf. Luego iré yo.

(*A don Martín aparte.*)

Conde. No murmuro.

Ahora con ofrecer

A ustedes mi coche cumplo

Como debo...

Mart. Es excusado.

Disponemos de un vetusto

Birlocho...

Conde. Iré con ustedes,

Si no les soy importuno,

Hasta el estribo.

Mart. En buen hora.

Conde. El brazo...

Irene. Con mucho gusto.

(*Tomando el del conde.*)

Conde. (¡Es deliciosa!)

Irene. (¡Oh, Nazario!

Mejor tomaría el tuyo.)

Mart. El otro á mí.

(*Dando también el brazo á Irene.*)

¡Adios, chinita!

Ruf. ¡Adios, moro!

Mart. ¡Por san Bruno,

No me interpeles y vuelvan

Los sobos y los columpios!

(*Vanse Irene, el conde y don Martín por la derecha del foro.*)

ESCENA XXI.

RUFINA, MASCARAS.

Ruf. No entró en mis cálculos esa

Charada de dominós...

¡Son tan iguales los dos...!

Creí que era la condesa...

Mas no he dado golpe en vago,

Porque con ese episodio,

Mejor que esperaba, el odio

Que me punza satisfago.

¡Aquí Irene! A tiempo viene

Para un golpe de teatro.

¡Qué madeja entre los cuatro

Si persigue el conde á Irene!

Tan enredados los veo

Que el desenlace — ¡oh placer! —

No puede menos de ser

Favorable á mi deseo.

ESCENA XXII.

RUFINA, DON ALEJO.

Alejo. Tu amiga...

(*Viene por la puerta del ambigü. La música toca dentro rigodon.*)

Ruf. ¡Oh gozo!

Másc. ¡Al salon!

(*Vanse todas las máscaras hácia el salon de baile.*)

Alejo. Te está esperando. La dejo...

Ruf. ¡Qué contenta estoy! — Alejo,

Bailemos un rigodon.

Alejo. (¡Esto me faltaba!) ¡Escucha!

Quiere marcharse; está frita.

Sabe...

Ruf. ¡Rigodon!

(*Cogiéndole del brazo.*)

Alejo. (¡Maldita!...)

Ruf. ¡Bailaría hoy la cachucha!

Alejo. (¡Bailar con este morcón!...

De su gozo...)

Ruf. ¡Vamos, chico!

Alejo. (Nada bueno pronostico.)

Ruf. ¡Rigo...!

Alejo. Pero...

Ruf. ¡Rigodon!

(*Se lo lleva á remolque.*)

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, DON NAZARIO.

Conde. Aquí donde no nos cansa

La algarabía y la bulla

De los salones de arriba,

Ni nos aturde la música,

Ni nos pisa un aturdido,

O un borracho nos insulta,

O nos estafa un parásito,

O nos engaña una bruja,

Podemos, amigo mio,

En santa paz y con mutua

Confianza referir

Las galantes aventuras

De esta noche.

Naz. Ya dudaba

Entre aquella turbamulta

Hallar á usted.

Conde. Es encuentro

En que yo he tenido suma

Satisfaccion.

Naz. (Ya mi bella

Se ha retirado, sin duda.)

Conde. Apenas nos conocemos,

Y, sin embargo, una oculta

Simpatia...

Naz. Cierto; hay hombres

Que desde luego nos gustan,

Así como otros...

Conde. Yo espero

Que eterna amistad nos una.

Naz. En la de usted, señor conde,

Desde hoy mi gloria se funda.

(Si en efecto su marido

Se apareció, ave nocturna,

Por no ser de él conocida

Habrá apelado á la fuga.)

(*Un mozo trae dos vasos de ponche, los deja sobre la mesa y se retira.*)

Conde. Ya está aquí el alegre ponche

Que los pesares conjura,

Y las distancias abrevia,

Y los cumplidos excusa.

Bebamos mientras las salas

Del ambigü desocupa

Aquel famélico enjambre.

Naz. Hoy la concurrencia es mucha,

Y si no andamos muy listos

Nos quedamos sin ninguna

Provision.

Conde. Descuide usted.

Adelanté la pecunia

Al cocinero, y nos guarda

Un papiollo con trufas,

Sala de un café en el piso bajo de la misma casa donde se supone que tiene lugar el baile de máscaras enlazado con la acción del acto primero y continuado en este. A la derecha del actor estará la puerta que da á la calle: á un lado y otro sillas y mesas: el foro da paso á otra pieza que deja ver la escalera interior que sirve de comunicacion á las salas de arriba: en dicha pieza habrá las sillas y mesas que permita el terreno, ocupadas alternativamente por varias máscaras que bajan del baile y refrescan, ó pasean; ó forman corrillos, etc., sin impedir que oiga el público á los actores, y se retiran luego por la misma escalera: algunas podrán quedarse dormidas sin temor de perjudicar al efecto escénico. A los golpes que de cuando en cuando sonarán sobre las mesas, acudirán con bebidas los mozos, apareciendo por la izquierda del foro, á cuyo lado se entiende que está el mostrador. Al levantarse el telon están sentados á una de las mesas de la sala mas inmediata al público el conde y don Nazario.

Sendas lonjas de salmon
Y alguna pintada trucha.
Ni ha de faltarnos tampoco
La sevillana aceituna,
Y entre el ave y el marisco,
Y entre el fiambre y la fruta,
Alternarán con el jugo
De las jerezanas uvas
El exquisito Burdeos
Y el *Champañ* de blanca espuma.
Naz. Alabo la prevision
Del señor conde.
Conde. Es muy justa.
Quien viene á un baile de máscaras,
Y baila, y tragina, y suda,
Y no cena, es para mi
La mas triste criatura...
Naz. Es cierto; sin *gaudeamus*
No hay diversion mas insulsa.
Conde. Solo siento no tener
La incomparable ventura
De que se sienta á mi mesa
Cierta máscara...
Naz. ¡Hola! ¿alguna
Conquista...?
Conde. No; aun no hay motivo
Para que usted me atribuya
Un triunfo que me alzaría
A las celestes alturas;
Porque mis ojos no han visto
Ni espero que vean nunca
Un rostro mas hechicero. —
Ayer de cierta andaluza
Dije lo mismo; pero ¡esta!...
¡Qué quiere usted!... Es la última
Del catálogo.
Naz. ¡Ya! es claro...
Y, aunque sea mi pregunta
Indiscreta, ¿sabe usted
Su nombre, estado y alcurnia?
Conde. A esta fecha, amigo mio,
De todo eso estoy á oscuras.
Naz. ¡Ah! ¿es conocimiento nuevo...?
Conde. Sí; de esta noche. Por una
Casualidad muy extraña...
Naz. Usted siempre va á la husma,
Y no es de admirar...
Conde. La niña
Estaba á su padre adjunta,
Y no me pude explicar...;
Pero tendré coyuntura
De hacerlo...
Naz. ¡Cáscaras! ¿Cita?
Conde. ¡Sí!
Naz. ¡Bravo!
Conde. Pero no suya.
Naz. Pues ¿de quién?
Conde. De su papá.

Naz. O ese papá es muy ganzúa
O no entiendo...
Conde. Diré á usted...
Pero antes que yo le instruya
De todos los pormenores,
Sepamos si aquella chusca
Serrana...
Naz. ¡Ay, conde!, la he visto
Y es un pasmo de hermosura.
Ya es real y positiva
Mi divinidad presunta.
Ya, vencida de mis ruegos,
Con aquella mano pulcra
Me mostró su linda cara
Sin la careta importuna.
¡Soy el hombre mas feliz...!
Conde. Sea en buen hora. Y, sin duda,
Ya sabrá usted...
Naz. Que es un ángel
Y que mi amor no rehusa,
Pero en cuanto á lo demás,
Me tiene tan en ayunas
Como antes.
Conde. ¡Ba! no es posible...
Naz. ¡Sí tal!
Conde. Usted disimula...
Naz. No. En prueba de mi franqueza
Le diré á usted si me escucha
Cuanto ha pasado...
Conde. Primero
Quiero yo contar mis culpas. —
Pues, señor, estando yo
En el ambigü de chungu
Con unas máscaras, llega
Por medio de aquella chusma
Un mozo y me da una carta
Anónima que me anuncia...
(*Baja don Alejo por la escalera dando el
brazo á Rufina, la cual lleva cubierto su
traje de china con un dominó negro, y
los dos desaparecen en seguida por la
derecha del foro.*)
Naz. Allí viene don Alejo.
Mucho temo que interrumpa
Nuestro coloquio...
Conde. ¿Qué importa?
Es amigo... ¡Hola! y se busca
La vida. Lleva una máscara
Del brazo..., y ya es la segunda.
(*Vuelven á aparecer don Alejo y Rufina.
El conde y don Nazario hablan en voz
baja, y en sus ademanes indican que se
chancean á costa de don Alejo.*)

ESCENA II.

EL CONDE, DON NAZARIO, RUFINA,
DON ALEJO.

(*Hablan aparte don Alejo y Rufina.*)

Alejo. ¡Nada! Ni viva ni muerta
Parece.

Ruf. Sin duda alguna,
Mientras entramos por una
Sale ella por otra puerta.

Alejo. Te esperaba; ya lo dije,
Pero te entró comezon
De bailar un rigodon
Connmigo...

Ruf. ¿Y eso te aflige?
Alejo. No tal. (Con cada pirueta
Me daba un lesnazo.)

Ruf. ¿Qué?
Alejo. Pero entre tanto se fué...
Ruf. ¿Por qué no se estuvo quieta?
Alejo. El deseo de encontrarte...

O si ha visto á su marido,
Temerosa se habrá ido...

Ruf. No.
Alejo. Pues ¡si en ninguna parte...!
Ruf. ¡Irse sola!... Fuera en ella

Extraña resolucion...
Pero en tanta confusion
Es fácil perder su huella.

Alejo. ¿Y podrá dar con Rufina
No sabiendo como yo

Que te has puesto un dominó
Sobre el vestido de china?

Ruf. Si yo la veo, es igual.
Alejo. Ya. — Pero ¿por qué mudaste

De disfraz?
Ruf. Saber te baste
Que yo me entiendo.

Alejo. Sí tal. —
Ella tambien, la capucha
Convirtiendo en capuchon...

Ruf. Entiendo. Así á prevencion
Mandó hacer el traje... Escucha:

Para dar mejor con ella
Separémos los dos.

Alejo. Dices bien. (¡Gracias á Dios!)
Ruf. Quédate...

Alejo. (¡Feliz estrella!)
Ruf. Por si baja por aquí
Mientras la busco otra vez

Arriba...
Alejo. Aunque sean diez.

Ruf. ¡Ah!... Mira; el conde está allí...
Alejo. Bebiendo con el Narciso...

¡Oh, marido sin segundo!

Ese hombre no está en el mundo.

Ruf. Pues ¿dónde?
Alejo. En el paraiso.

Ruf. Llegate á ellos... Indaga...
Alejo. Sí: en eso estoy.

Ruf. Hasta luego.
(*Se retira por la escalera.*)

Alejo. ¡Adios! — Estoy sin sosiego.
Me temo una noche aciaga.

(*Se acerca adonde están el conde y don
Nazario.*)

ESCENA III.

EL CONDE, DON NAZARIO, DON ALEJO

Alejo. Señores...
Conde. ¡Oh, don Alejo! —
¡Muchacho! (Llamando.)
Usted es el hombre

Del baile.
Alejo. ¡Yo!

Naz. Vaya; ¡dos
Conquistas en una noche!

Alejo. Ustedes se burlan. Eso
Se queda para los próceres.

No soy yo tan venturoso...
Ni tan libertino...

Conde. Ponche.
(*A un mozo que llega.*)

(*Vase el mozo.*)

Naz. Toma asiento y no nos vengas
Ahora echándola de monje.

(*Se sienta don Alejo.*)

Conde. Aun nos dirá que la prójima
Que le llevaba á remolque
Es su mujer.

Naz. No, señor.
(Lo negaré, por si fuerte.)

(*Vuelve el mozo con un vase de ponche, lo
deja sobre la mesa al lado de don Alejo
y se retira.*)

Pasatiempos inocentes,
Transitorios...

Conde. ¡Ba! Entre jóvenes
Debe reinar la franqueza.

En suprimiendo los nombres
Todo se puede decir,

Y aquí que nadie nos oye...
Para que se anime usted

Con mi ejemplo...
Alejo. ¡Señor conde!...

Conde. Prosigo la relacion
De mis nacientes amores,

Que cuando vimos á usted
La interrumpí... No sé dónde.

Naz. En el anónimo.

Alejo. (¡Cielos!)

Conde. Creyendo ser el Adónis
De alguna Venus incógnita
Que prendada de mi porte
Quería por aquel medio
Establecer relaciones
Conmigo, tomo con ansia
La epístola, rompo el sobre,
Leo... Figúrense ustedes
Cuál debió de ser entonces
Mi sorpresa. En el anónimo
Me decían...

Alejo. (¡San Onofre!)

Conde. Que había venido al baile
Mi mujer...

Alejo. (Me dan sudores.)

Conde. Usted quizá no sabría

(A don Nazario.)

Que soy casado.

Naz. No.

Conde. ¡Enorme
Calamidad! — Pues lo estoy
Desde los pies al cogote
Dos años ha; y, según dicen
Los pocos que la conocen,
Es muy linda mi mujer;
Pero, al cabo, ... ¡qué demontre!...
Es mi mujer.

Alejo. (¿Qué diría
Si tuviera por consorte
A Rufina!)

Conde. Como siempre
Muy temprano se recoge,
Porque la resignación
Es la mejor de sus dotes,
Y nada me había dicho
De valse y rigodones,
Confieso que me alarmó
La tal noticia; y fué doble
Mi inquietud cuando leí
Que andaba por los salones
Coqueteando con un *quidam*...
No me decían su nombre...

Alejo. (¡Respiro!) ¿Quién hace caso
De anónimos? ¿Qué alma noble
Los emplea? Si uno dice
La verdad, mienten catorce,
Y es prudente...

Conde. Yo lo hubiera
Despreciado; mas...

Alejo. (¡Oh torpe
Ceguedad!)

Conde. Como me daban
Tan minuciosos informes

Del disfraz de la culpable...

Era el siguiente.

Alejo. (¡San Cosme!...)

Conde. Un dominó...

Alejo. Deja usted
(Interrumpiéndole.)

Inútiles digresiones,
Y al grano. ¿Qué nos importa
El traje? Esos pormenores...

Conde. Furioso y desatinado,
Que, aunque en los tiempos que corren
Los zelos de los maridos
Se llaman preocupaciones,
A mí por gracia de Dios
Me han vaciado en otro molde,
Indago, inquiere, pregunto,
Atisbo por los rincones,
Y al fin de manos á boca
Doy con la reo y su cómplice.

Naz. Con que ¿era cierto...?

Conde. El galán

No era un elegante joven
Como yo me imaginaba,
Sino un figurón disforme...
Esto es lo que me llegó
Mas al alma. A tales golpes
De fortuna yo sé bien
Que se arriesgan mas de doce.
Darme un sustituto..., vayá,
Mas ¡semejante armatoste!...
Confiese usted, don Nazario,
Que eso no estaba en el orden...
Sin ser ya dueño de mí...
¡Aquí entra lo bueno!

Alejo. (¡Pobre
Señor!)

Conde. Contra la individua
Prorumpo en quejas atroces
Y pido satisfacción
Con pistola ó con estoque
Al odioso cirineo.
¡Aquí fué Troya! A mis voces
Se sobresalta la niña,
Se desmaya, la socorren;
Le desatan la careta
Por temor de que se ahogue;
Sobre ella entonces fulmino
Unos ojos que... ¡ni Herodes!...,
Y veo con inefable
Placer que aquellas facciones
No eran las de mi mujer,
Sino otras... ¡mucho mejores!

Alejo. ¡Venturosa peripecia!
¡Yo tenía una anagnórisis...!

Naz. ¿Es posible?...

Alejo. ¡Vea usted
A un ciudadano en el borde

Del abismo por un vil
Anónimo!

Conde. Mil perdones
Pido á mi máscara hermosa,
Que mis disculpas acoge
Con indulgente bondad.
Después mi suerte dispone
Que salve yo de las garras
De un hato de monigotes
A su papá...

Naz. ¿Era papá
El prójimo?

Conde. Sí, señores;
Al menos con ese título
Fué interpelado el buen hombre.
¡Y qué pasta angelical
Anuncia su *coram vobis!* —
Determinan recogerse,
Las acompañó hasta el coche,
Y al despedirme galante
Del susodicho y su prole
Me ofrece su casa...

Alejo. (¡Malo!)

Conde. Cuyas señas...

Alejo. (¡Pater noster!)

Conde. Me reservo.

Alejo. (¡Ah! sea Dios

loado.)

Conde. No hay en el orbe,
Desde Cádiz á Manila
Y desde Méjico á Londres,
Hombre mas feliz que yo.
Mañana...

Naz. Ya se supone;
Irá usted de punta en blanco
A visitar á su Clóris.

Conde. Por supuesto. ¡Oh quién pudiera
Adelantar los relojes
De todo Madrid!

Alejo. Ahora

Ya no verá usted visiones

Ni acusará á la inocente

Condesa...

Conde. Ya no. Lo pobre

No merece...

Alejo. No por cierto.

Conde. Tan virtuosa, tan dócil...

Alejo. ¡Una santa! Y es preciso

Tener el alma de bronce

Para...

Conde. Cierto. Ahora estará

Sobre mullidos colchones

Durmiendo el sueño del justo.

Alejo. Sí. (¡Oh maridos alcornoques!)

Conde. Yo ya concluí mi historia:

Ahora á usted le toca; con que...

Naz. Voy á contarla.

Alejo. (Y yo vuelvo

A temblar como el azogue.)

Naz. El ignorado planeta
Que, aunque la córte me tilde,
Como satélite humilde
A su influjo me sujeta,
Sin que yo me dé razon
De si esta locura mía
Es amante idolatría
O ciega fascinación,
Me había dado una cita
Para este baile...

Conde. Ya sé...

Naz. Pero así..., á la buena fe
Sin darme seña maldita.
No obstante, una amiga suya
Que nunca la desampara
Y á quien no he visto la cara
Jamás...

Alejo. (¡Yo sí! ¡Qué aleluya!)

Naz. Me envié á decir ayer,

Sin anuencia de mi bella...

O bien de acuerdo con ella,

Que todo pudiera ser...

Conde. Creo lo segundo.

Alejo. (¡Ay, este

Se clava!)

Naz. El traje adoptado

Por mi duende idolatrado.

Un dominó...

Alejo. Azul celeste.

(Interrumpiéndole.)

Naz. No tal; de color...

Alejo. Azul.

¡Si lo sé yo! ¡Si lo he visto!

Adelante. (¡Jesucristo!...)

(Asoma la condesa por la escalera con el
capuchon azul echado sobre el dominó
encarnado.)

Naz. Pero, hombre...

Alejo. ¡Calla, gandul!

Naz. Te digo que el dominó...

Alejo. ¡Oh qué porfia! (¡Se pierde!)

¿Querrás decir que era verde?

(En este momento la condesa adelantándose
algunos pasos finge toser para llamar
la atención de los tres amigos. Todos
ellos vuelven la cabeza.)

Alejo. (¡Ah!)

Conde. ¡Hola!

(La condesa llama con la mano.)

Naz. ¿A mí?

(Señal afirmativa. Don Nazario se levanta
al momento y sale al encuentro de la condesa.)

Alejo. (¡Se salvó!)

(Hablan en voz baja la condesa y don
Nazario.)

ESCENA IV.

LA CONDESA, DON NAZARIO, EL CONDE,
DON ALEJO.

Alejo. ¿Lo ve usted? Azul celeste.

Conde. En efecto.

Alejo. Cuando yo

Digo una cosa...

Conde. ¿Quién sabe
Si las damas serán dos...?

Alejo. Puede. Yo le vi con otra
Que llevaba un capuchon
Así, como... verdegay...

Conde. ¡Oiga! ¿Con que...?

Alejo. Sí, señor.
(*Siguen hablando en voz baja.*)

Naz. Buscaremos á esa amiga.
¿Quieres darme el brazo?

Conde. No.

(*A media voz.*)

Ya es inútil. Necesito
Retirarme. Por favor...
Puede peligrar mi vida
Si al instante no me voy.

Naz. Pero, hija mía...

Conde. Mi coche

Vendrá á las tres...

Naz. Bien...

Conde. Y son

Las dos y cuarto... Si tú
No me buscas otro, soy
Perdida.

Naz. ¡Oiga! algun zeloso...

Pero ¿hablas de veras, ó...?

Conde. ¿No me ha conocido usted
Todavía?

Naz. ¿Cómo...?

(*La condesa, guardándose de que el conde
la vea, levanta un poco la tela azul que
cubre el dominó.*)

¡Oh Dios!...

Voy volando.

(*Vase precipitadamente por la puerta de la
derecha.*)

ESCENA V.

LA CONDESA, DON ALEJO, EL CONDE.

Conde. (Me retiro...

Pero tiempo no me dió
Para decir dónde espero

Su vuelta, y si aqui me estoy...)

Conde. ¡Mascarita!

(*Acercándose.*)

Alejo. (¡No ganamos

Para sustos!)

Conde. ¡Oye!

Alejo. (¡Atroz

Conflicto!) Déjela usted.

(*Al conde.*)

Cada quisque...

Conde. (Si huyo, doy

Que sospechar...)

Conde. ¡No responde!

¿Eres muda?

Conde. (¡Ea, valor!

Nada de eso, mas no tengo

(*Con voz fingida.*)

Gana de conversacion.

Alejo. ¿Oye usted? Tiempo perdido...

(¡Qué bien disfraza la voz!)

Vámonos al ambigú,

O á bailar un rigodon...

Conde. No temas nada, que es ley

(*A la condesa.*)

Para todo hombre de pro

Respetar la propiedad

De sus amigos.

Conde. (¡Traidor!)

Alejo. (Mas valiera que guardases

La tuya.)

Conde. Y si hay precision

De que os ayude á burlar

A algun marido feroz,

Contad conmigo. Mañana

Le pediré igual favor...

Entre sastres, como dice

Aquel adagio español,

No se pagan las hechuras.

Conde. (¡Pérfido!)

Alejo. (¡Dios de Jacob,

No le castigues!)

Conde. Mil gracias;

Pero es errada opinion

La que has formado. No existen

Entre don Nazario y yo

Las estrechas relaciones

Que piensas.

Conde. ¿Te da rubor

Confesarlo? Pues á fe

Que es un mozo como un sol

Don Nazario.

Alejo. (¡Todavía

La va á suplicar por Dios

Que le adore!)

Conde. ¡Ah, ya está aqui!

ESCENA VI.

LA CONDESA, DON ALEJO, EL CONDE,
DON NAZARIO.

Naz. No hay ningun coche simon.

De los demás no podemos

Disponer...

Conde. ¿Y mi landó?

Sírvete de él, mascarita,
Y lo tendré á mucho honor.

Conde. No; mil gracias.

Alejo. (¿Esto mas?)

Conde. Si entre un par estorba un non,

Por eso no hay que apurarse.

Os ireis solos los dos.

Conde. No, no; esperaré... (¡Dios mio!)

Conde. Yo no había hecho intencion

De retirarme del baile

Hasta que diera el reloj

Las ocho de la mañana.

(*Asoma por la escalera Rufina.*)

Naz. Acéptalo sin temor.

Es de un amigo...

ESCENA VII.

LA CONDESA, DON ALEJO, EL CONDE,
DON NAZARIO, RUFINA.

Ruf. (Allí está.)

(*En el foro.*)

(*Se acerca á la condesa.*)

Conde. Lo ofrezco de corazon,

No por mero cumplimiento.

Alejo. (¡Mi mujer!)

(*Rufina tira de la ropa á la condesa.*)

Conde. ¡Ah!...

Ruf. Escucha.

(*En voz baja.*)

(*Hablan aparte.*)

Conde. Voy,

Voy á mandar que lo arrimen.

(*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII.

LA CONDESA, RUFINA, DON NAZARIO,
DON ALEJO.

Naz. Extremado es el pudor

De mi dama.

Alejo. Si; en efecto...

Naz. Mas ¡calle! ese dominó...

Alejo. ¡Chit!...

Naz. Tu querida...

Alejo. (Esta noche

Me va á dar un torozon.)

(*Hablan aparte don Nazario y don Alejo.*)

Conde. Mejor es irnos á pié.

(*Aparte con Rufina.*)

Ruf. ¡Lindo! ¡Y coger un dolor

De costado! Con negarte

A aprovechar su atencion

Acaso recelará...

Conde. Es verdad.—Confusa estoy...

Pero irme en su propio coche...

¿No consideras...?

Ruf. Mejor.

Así no podrá seguirnos.

ESCENA IX.

LA CONDESA, RUFINA, DON ALEJO,
DON NAZARIO, EL CONDE.

Conde. Vamos. Toribio arrimó...

Ruf. ¿Hay asiento para cuatro?

Conde. Sí.

(*Rufina toma el brazo de don Alejo.*)

¿Qué es esto...?

Ruf. Pues; *allons!*

Conde. ¡Ah! ¿es esta...?

(*Aparte con don Alejo.*)

Alejo. (¡Misericordia!)

Conde. ¿La de antes...?

Alejo. Sí; salvo error.

Conde. Es la amiga á quien buscaba.

(*Aparte con don Nazario.*)

Naz. ¡Ah!...

Conde. Mas, por lo visto, son

(*A don Alejo.*)

Amigas esta y aquella.

Alejo. Mas que amigas.

Conde. ¡Hola!

Alejo. ¡Oh!

Son hermanas.

Ruf. Ea, vamos...

(*Tirando de su marido.*)

Conde. ¿Con que...?

Ruf. ¿Qué haces tu?

(*A don Nazario.*)

Alejo. (¡Gran Dios!...)

Ruf. Da el brazo á tu dama.

Naz. ¿Quieres...?

(*Ofreciéndolo.*)

Conde. (Voy temblando.)

(Tomándolo.)

Alejo. Acá inter nos...
(Al conde al oído.)

(Le deslumbraré.) Vinieron

Anteayer de Badajoz...

Conde. ¿De veras?

Alejo. Son hijas de un...

Comisario ordenador...

Ruf. ¡Vaya, andad!

Naz. ¡Abur!

(Saliendo con la condesa por la puerta de la derecha.)

ESCENA X.

EL CONDE, RUFINA, DON ALEJO.

Conde. ¡Buen viaje!

Alejo. ¡Abur! ¡Ah! Metido yo

Sin comerlo ni beberlo

En una conspiración

Contra el gremio...

Ruf. Ven...

Alejo. ¡Dios mío!...
(¡Te rogamos: audí nos!)

ESCENA XI.

EL CONDE.

¡Qué ufanos irán los cuatro,
Y cómo su suerte envidio
Yo que en tanto me fastidio
Sin la bella que idolatro!
¿Qué hago yo, en qué me divierto,
Si ya olvidarla no sé,
Y desde que ella se fué
Creo estar en un desierto?
El baile que al hombre enerva
Me aburre; ¿y qué placer hay
En el tiple guirigay
De esa chillona caterva?
A las mesas no me arrimo
Donde robando se juega.
Ni la codicia me ciega,
Ni gusto de hacer el primo.
Irme á mi casa primero
Que el alba dore las cumbres...
Es alterar mis costumbres
De buen marido... soltero.
¿Y á qué? Sin pegar los ojos
Me tendrá la ausente dama,

Y me pinchará la cama

Como si tuviera abrojos. —

Mas ¡qué necio! ¡Paso pena

Porque el nuevo día tarda,

Y el cocinero me aguarda

Con una opipara cena!

Matemos el importuno

Tiempo... Buscaré un amigo

Que quiera cenar conmigo...

No lo excusará ninguno.

Y el gasto ya no lo ahorro;

Que hecho estaba á prevención.

Busquemos en el salón...

(Vuelve don Nazario trayendo en brazos á la condesa desmayada.)

ESCENA XII.

EL CONDE, LA CONDESA, DON NAZARIO.

Conde. Pero ¿qué es esto?

Naz. ¡Socorro!

Conde. ¡Don Nazario!

Naz. ¡Ah, señor conde!

Un vuelco... Cerca de aquí...

¡Señora!... ¡Triste de mí!...

Conde. Sentémosla...

(La sientan en una silla.)

Naz. ¡No responde!

Conde. ¡Vaya, que es percance!...

Naz. ¡Mozo!

(Llamando.)

Pero tardará una hora...

Iré yo mismo...

(Vase por la izquierda del foro.)

ESCENA XIII.

EL CONDE, LA CONDESA.

Conde. ¡Señora!...

¡Qué breve ha sido su gozo!

¿Quién á tan alegre fiesta

Tal fin pronosticaría? —

Mas ¿cómo está todavía

Con la carátula puesta?

Con la prisa y la zozobra

Nazario no lo advirtió.

Fuerza es quitársela yo...

Ea, manos á la obra.

(Quita la careta á la condesa.)

La necesidad me obliga...

(La reconoce.)

¡Cielos!

(Llega don Nazario con un vaso de agua.)

ESCENA XIV.

EL CONDE, DON NAZARIO, LA CONDESA.

Naz. Ya el agua está aquí...

Conde. ¡Infames! ¡Burlarme así!...

Naz. ¡Qué escucho!

(Dejando el agua sobre una mesa.)

Conde. ¡Villana intriga!...

Mas caístéis en la red.

Naz. ¿La conoce usted acaso?

Conde. Al verla en ira me abraso,

¡Y me lo pregunta usted!

Naz. (¡Es su mujer! ¡San Fulgencio
Nos ampare!)

Conde. A esa pregunta

Respondo yo con la punta

De una espada.

Naz. Yo...

Conde. ¡Silencio!

Naz. Yo no sabía quién era...

Conde. No hay disculpa á tal agravio.

Naz. Pero...

Conde. ¡Selle usted el labio!

Naz. Pero ella... Antes...

Conde. ¡Que se muera! —

Elija usted...

(Llevándose á don Nazario lejos de la condesa.)

Conde. (¿Dónde estoy!)

(Volviendo en sí, sin advertirlo los otros interlocutores.)

Conde. Un padrino...

Conde. ¡Ah! ¡Un desafío!...

(Viendo al conde y á don Nazario.)

Conde. Que se entienda con el mío

Mañana.

Conde. (¡Perdida soy!)

Naz. Lances de honor (¡oh fortuna!)

Nunca excusé.

Conde. Bien. El duelo

Ha de ser á muerte.

Conde. (¡Cielo!)

(Se vuelve á desmayar.)

Naz. ¿Cuándo?

Conde. Mañana á la una. —

Ahora, pues con nudo casto

Himeneo nos unió,

Fuerza es socorrerla...

(Toma el vaso y rocía con agua el rostro de la condesa. Don Nazario se dispone á ayudarle.)

¡No!

Retírese usted. Yo basto...

Naz. Vengue usted en mí su ofensa,

Aunque, en verdad, no es tan grave

Señor conde, ¡Dios lo sabe!

Como usted acaso piensa;

Pero yo exijo á mi vez

Que respete usted la vida

De una mujer desvalida...

Conde. Usted no ha de ser su juez.

Naz. El estado en que la veo...

Conde. Ni su médico tampoco.

Naz. Si cruel...

Conde. ¿Estoy yo loco?

Naz. Es inocente...

Conde. Lo creo. —

Ni en tan frágil enemigo

Saciara yo...; ¡qué rubor!

Mi vengativo furor.

Naz. ¡Conde!

Conde. De veras lo digo.

Mas al que tuvo la audacia,

Con buena ó mala ventura,

De codiciar su hermosura,

Cara le saldrá la gracia.

Naz. Repito...

Conde. ¡Basta! (¡Aprended,

Maridos!)

Naz. ¿Ha vuelto ya?

Conde. No, señor; ni volverá

Mientras no se vaya usted.

Naz. Confiado en la formal

Palabra...

Conde. Si; la reitero.

(Le da la mano.)

Palabra de caballero

Y de enemigo leal.

(Don Nazario se retira por la escalera.)

ESCENA XV.

EL CONDE, LA CONDESA.

Conde. No vuelve de su accidente. —

Yo le juro al don Nazario...

(Vuelve á rocíar el rostro de la condesa.)

¡Nada! ¿Será necesario

Pedir socorro á esa gente? —

Y no ha mucho le decía,

Ahogando en ponche la sed:

« Simpatizo con usted... »

¡Qué estúpida simpatía! —
 ¡Pues, digo, la recoleta
 Cuya virtud celestial
 Yo admiraba...! ¡Que dé tal
 Osadía una careta! —
 Está visto; ya no hay fe
 En las mujeres; maldita. —
 ¡Adela! — Está mas bonita
 De lo que yo imaginé. —
 ¡Lo que es el hombre! Mejor
 Me parece hoy siendo falsa
 Que ayer... Faltaba la salsa
 De los celos á mi amor. —
 Cogida está en el garlito;
 Pero yo di la ocasion
 Y... bailar un rigodon
 Quizá es todo su delito. —
 Mas ya se han visto otra noche.
 El peligro era inminente.
 Si tan oportunamente
 No acierta á volcar el coche...
 Otra vez me enciendo en ira;
 Otra vez el acicate
 Del honor... Su pecho late...
 ¡Adela!... Sí; ya respira.
 Cond. ¡Ah!... Yo failezco...
 Conde. (¡Traidora!)
 Cond. ¿Quién...? ¡Es el conde! ¡Gran
 Dios!...
 (Levantándose.)
 Conde. Solos estamos los dos.
 Cond. ¡Piedad!...
 Conde. ¡Silencio, señora!
 Cond. Pongo por testigo al cielo...
 Conde. ¿De qué? No vale la pena...
 No hagamos aquí la escena
 De *Desdémona* y *Otelo*.
 Creará usted que como un vándalo
 A lavar mi afrenta voy
 En su sangre... No tal. Soy
 Enemigo del escándalo.
 Ni aunque me crea ofendido
 Daré en la ridiculez
 De reclamar ante un juez
 Mis derechos de marido.
 Esto sería ser necio,
 Aquello una vil hazaña,
 Y no merece mi saña
 La que incurre en mi desprecio.
 Nada; en paz y cortesía,
 Sin litigios ni alboroto,
 Quede para siempre roto
 El lazo que nos unía.
 Cond. ¡Ingrato!, tú lo rompiste
 Antes que un leve pretexto...
 Conde. No mas, señora. Detesto
 Las discusiones.

Cond. ¡Ay triste!
 ¡Oyeme! A tus piés...
 Conde. ¡Eh! quieta.
 (Deteniéndola.)
 (¡Ni por esas! No me ablando.)
 Siento pasos...
 (Mirando hácia la puerta de la derecha.)
 ¡Ah!... Volando,
 (Tomando la careta de la condesa y dándosela.)
 Póngase usted la careta.
 (La condesa se la pone.)

ESCENA XVI.

EL CONDE, LA CONDESA, RUFINA,
 DON ALEJO.

(Rufina trae puesta la careta.)

Alejo. Pues te has empeñado, entremos,
 Pero... — ¡Allí le tienes!

Conde. (Bajando la voz.)
 ¡Hola,

Conde. Señor conde...
 Alejo. ¡Tambien ella!
 (En voz baja á don Alejo.)

Alejo. (¡Aquí fué Troya!)
 Conde. ¿Vendrás, sin duda, á buscar
 (A Rufina.)

A tu... hermana?
 Ruf. Sí; yo... Ahora...
 (Turbada.)

Conde. Ahí la tienes.
 Ruf. ¡Con... careta!
 Conde. Sí; á pesar de la congoja,
 Yo no me atreví á quitársela,
 Porque el hombre que blasona
 De bien educado nunca
 Tales licencias se toma.

Alejo. (¿Será posible...?) Es decir
 Que... usted todavía ignora...

Conde. ¿Y para qué he de informarme
 De lo que nada me importa?

Cond. (¡Oh Dios!...)
 Alejo. Tan fresco lo dice
 (Aparte con Rufina.)

Y tan sin pena ni gloria
 Que será fuerza creerle.

Conde. Por fortuna fué de corta
 Duracion el parasismo...
 ¡Válgate Dios por carroza!

Con que ¿volcó?

Alejo. No es extraño;
 La noche estaba tan lóbrega...

Conde. El bruto de mi cochero
 Habrá bebido unas cópas...

Mañana le diré yo
 Cuántas son cinco. ¡No es cosa!

¡Apear de esa manera
 A gentes que tanto me honran! —
 Y ustedes ¿se han lastimado...?

Alejo. No, señor. Mi... Esta señora
 Perdió tambien el sentido;

Pero pesa diez arrobas...
 (¡Ay! algo mas, que la tara
 Del matrimonio no es floja.)

Y aunque mi amor es inmenso
 Mis fuerzas eran muy cortas
 Para cargar con el dulce
 Volúmen de su persona.

Viéndola al fin recobrada
 De su afeccion espasmódica...

Ruf. ¡Calla, necio!
 Alejo. Es muy amable.

Lo que es eso, ¡uh! como pocas. —
 Pero ¿qué es de nuestro amigo...
 Don Nazario?

Conde. Hace una hora
 Que se fué. Le despidió
 Esta ciudadana incógnita...

Para siempre. — ¿No es verdad?
 (A la condesa.)

Cond. ¡Sí!
 Alejo. ¿Cómo?...
 Conde. Con mucha cólera. —

Los nervios de las mujeres
 Tienen caprichos que asombran.

Alejo. ¿Y él... se resignó...?
 Conde. Se fué

Con resolucion heróica
 Por esa escalera arriba...

Alejo. (Vaya, este hombre no ve gota.)
 Conde. No creo ya que se muera

Por semejante bicoca
 Don Nazario. Ya estará
 Consolándose con otra. —

Mas ya se la habrá pasado
 A mi cochero la mona,
 Y pues sanas y tranquilas
 Os veo, yo estoy de sobra.

Volved al coche. — ¡Jamás
 (En voz baja á la condesa.)

Vuelva yo á verte!
 (La condesa deja percibir un ay comprimido.)

Alejo. (Al de Coria
 Da quince y falta este bobo.)

Conde. Adios. Yo de baile y broma...
 (Abrasado voy.) los rayos
 Esperaré de la aurora.
 (Desaparece por el foro.)

ESCENA XVII.

LA CONDESA, DON ALEJO, RUFINA.

Alejo. Nada sospecha. ¡Me aturdo!
 La ceguedad de este esposo
 Raya en lo maravilloso...

He dicho poco; en lo absurdo.
 Cond. ¡Rufina!...

Ruf. El riesgo fué grave,
 Mas ¿por qué temblar ahora?

Ya pasó y el conde ignora...
 Cond. No. ¡Ay cielo! Todo lo sabe.

Ruf. ¿Qué oigo?
 Alejo. Pues ¿cómo le encuentro
 Tan jovial, tan...?

Cond. ¡Ay de mí!
 Alejo. ¿Aquiencia?

Cond. ¡Orgullo!
 Alejo. ¡Ah, sí!

La procesion va por dentro.
 Ruf. ¿Te habló?

Cond. Sí, y me vió la cara.
 Alejo. ¿Y entre Nazario y el conde...?

Cond. Hablaron de un duelo...
 Alejo. ¿Dónde?

¿Cuándo?
 Cond. ¡No sé!

Alejo. ¡Santa Clara!
 Ruf. ¿Gritó? ¿Maldijo?

Cond. Al contrario;
 Mas me condena ¡oh baldon!

A eterna separacion.
 Alejo. Pero... ¿de él, ó de Nazario?

Cond. Con fria calma exclamó:
 Sin litigio ni alboroto

Quede para siempre roto
 El lazo que nos unió.

Ruf. ¿Y en el siglo en que vivimos
 Eso te causa afliccion?

¡Ba! Se amansará el leon
 Cuando le hagas cuatro mimos.
 Vamos á tu casa...

Cond. ¡Ah, no!
 Ruf. Pues á la mia...

Alejo. ¡Mujer!...
 (En voz baja.)

Ruf. ¡Eh!
 (Le desvía.)

Alejo. (¡Lindo! Ahora va á creer
 Que el Mercurio he sido yo.)

Cond. Forzoso por esta noche
Será...

Ruf. Tu marido ignora
Dónde vivo. Ven; ya es hora...
Aprovechemos el coche. —
Y no llores ¡pésia tal!
Por un marido indigesto
Que con tan leve pretexto
Rompe el vínculo nupcial.

Alejo. (¿Hay bruja como ella?)

Ruf. Ven,
Ven á mi casa y allí
Mi amistad sincera...

Cond. Sí...
(¡Maldígala Dios, amen!)

Alejo. (Con todo hemos dado al traste.)

Ruf. Ofrece el brazo robusto

A Adela.

Alejo. Con mucho gusto.

(Dádoselo.)

Ruf. A mi el otro.

(Toma el otro brazo de don Alejo.)

Alejo. (¡Qué contraste!)

(Vanse por la puerta de la derecha.)

ACTO TERCERO.

Sala en casa de don Alejo. Puerta en el foro; otra á la derecha del actor y otra á la izquierda, ambas con cortinas. Entre las dos primeras habrá un biombo.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, RUFINA.

Cond. No, vano es ya pretender
Restituirme la paz
Que para siempre perdí.
¡En hora triste y fatal
Por los consejos de usted
Me dejé ilusa arrastrar!

Ruf. El fruto de mis consejos
Todavía está en agraz.
Deja pasar unos días
Y las gracias me darás.
Si el corazón de los hombres
Se viera por un cristal
Ya el del conde tu victoria
Revelaría quizás.
Adela, ya te lo he dicho:

Los hombres de nuestra edad
Prennda que nadie codicia
No la saben apreciar.
La coquetería, Adela,
Es ya una necesidad
Del bello sexo. El amor
Sin ella es huevo sin sal;
Y si las niñas solteras
La han menester, mucho mas
Las casadas por razones
Muy poderosas que están
A tu alcance, y por lo mismo
No necesito explicar.

Cond. ¿No he dicho yo que juré
No volverme á ver jamás?

Ruf. Mudará de parecer
Cuando pase el temporal.

Cond. Yo no debí obedecerle,
Sino á sus plantas llorar,
Cuando romper me propuso
Nuestro lazo conyugal.

Ruf. Hubieras hecho, hija mia,
Una insigne necedad.

¡Nada; firme! y si, en efecto,
En aquel pecho glacial
Quedaba alguna centella
Del amoroso volcan

Con que un día amor eterno
Te juró al pié del altar,
Antes desdeñosa y fiera
Rendirle conseguirás
Que postrándote á sus piés
Con degradante humildad.
Eso fuera confesarle
Las soñadas culpas...

Cond. ¡Ay!
Sobrado culpable fui...

Ruf. ¿Por endosarte un disfraz
Para embromar á un mancebo,
Y bailar con él un vals,
Y darle tu brazo...? ¡Miren
Qué pecado capital,
Cuando á él no tiene por dónde
Desecharle Satanás!

No des tu brazo á torcer;
Vea que no se te da
De su cariño un ardite;
Y una de dos: ó leal
Pedirá reconciliarse
Con su pérdida mitad,
O si su gracia te niega
Por un desliz tan venial,
Dará una prueba evidente
De que es ya su alma incapaz
De quererte. Si tal hace
Su ingratitud llorarás
Al principio, mas no exigen
Ni Dios ni la sociedad

ESCENA II.

LA CONDESA, DON ALEJO, RUFINA.

Cond. ¿Le ha visto usted?

Alejo. Viaje inútil.
Había salido ya.

Cond. ¡Al campo!

Alejo. Lo dudo. Hoy hace
Un frío de Barrabás.

Cond. Pero usted ¿no ha preguntado...?

Alejo. Sí, señora; á Sebastian
Su criado, á la patrona,
Y al frutero del portal;
Pero en balde. Don Nazario
Nunca dice adónde va.

Cond. ¡Oh Dios mio!

Ruf. (¿No lo dije?
Por él es todo su afán.)

Alejo. Tal vez en casa del conde...

Cond. ¡Ah! si; vaya usted allá.
Acaso consiga usted
Si interpone su amistad
Que ese bárbaro combate
No se llegue á realizar.

Alejo. Iré, señora. Yo siempre
He sido muy servicial.

Para calmar de uno y otro
La cólera contumaz
Agotaré los recursos

De mi elocuencia trivial,
Y aunque debiera mi pecho
Sus golpes interceptar...

Cond. Si, corra usted...

Alejo. ¿Qué es correr!

Volaré. (¡Lleve Caifás
A mi mujer, pues por ella
Estoy hecho un azacan!)

(Al irse corriendo don Alejo por el foro
sale de la habitación de la derecha don
Martin.)

ESCENA III.

LA CONDESA, RUFINA, DON MARTIN.

Mart. ¡Oh, mi paisana!...
(Saluda á la condesa, que le devuelve
la cortesía.)

Señora... —
¿Se ha descansado? (A Rufina.)

Ruf. Tal cual

¿Y usted?